

Pigmentos y barnices de una migración

Franlin Avendaño se ha propuesto aguantar hambre, y pasar necesidades, por más esfuerzo que ha hecho, y tras varios intentos, no ha podido porque la solidaridad en su favor ha sido tan grande que inclusive en los momentos de mayor escasez alguien llama a su puerta y le pregunta: “¿ya comiste?”. Cuenta agradecido el venezolano Franklin Avendaño, acerca de su experiencia migrante. Prueba de que las cosas, por lo menos en la parte alimenticia, han ido bien, es que mantiene intacta su pinta de beisbolista y sus 104 kilos de peso. Aunque en algún momento haya tenido que vender sus maracas en \$150 000 para pagar el arriendo de una alcoba.



En el Noticiero de la noche, el Fiscal General de la Nación, Néstor Humberto Martínez dice que hay 1069, venezolanos detenidos, por diferentes delitos. En el que más incurren es el hurto. “Hay que cerrar la frontera”- reclaman sectores en Cúcuta. Si ha ingresado un millón y pico, quiere decir que apenas hay un transgresor venezolano por cada mil. Sin embargo, si alguien se aventura a hablar de lo positivo de la migración, recibirá como pedrada sus noticias pésimas, aunque los contraventores no sean más que el 1% del total, de ese flujo migratorio.

Desde que Franklin Avendaño se despidió en Cumaná advirtió que mantendría soldada a su familia por WhatsApp mientras conseguía la forma de trasladar a sus tres niños y a su mujer a Colombia. Él hizo parte de la tercera ola migratoria, la que salió sin recursos en medio de la crisis humanitaria. Formó parte del grupo de, los sin nada en el otro lado.

Entre los que cruzaron a pie, alguien pasó silbando el Joropo Llanero. Entre la neblina joropearon. Era una eufórica demostración de indiferencia al frío. Conocieron la prosperidad y ahora luchaban por sobrevivir. Los que pudieron, salaron y cocinaron la carne y las vísceras, de animales inciertos, sin refrigeración, que compraron al aire libre, en los andenes de Cúcuta en ventas ambulantes. Sazonaron los trozos de pecho, que unos decían que era de reses robadas, que era pescuezo de burro anciano, o filete de caballo que vendían como si fuera de vaca.

En la frontera binacional, Franklin Avendaño, en el puente Francisco de Paula Santander, recuerda que corrió en busca de sellar su pasaporte. Estaba en medio de un tumulto que pujaba por salir. “Corrí y de repente, recuerdo que paré, volví la cabeza. Miré atrás. Vi un aviso, con letras grandes: san Antonio. Pensé: ‘¿será que algún día puedo volver a mi país?’... Luego, tomó el bus que desde Cúcuta lo puso en Bogotá. Era la segunda etapa de su travesía. Días atrás abordó un automotor. Atravesó el país de extremo a extremo, recorrió los 1190 kilómetros, hasta el contacto fronterizo.

Los venezolanos vecinos incómodos

En el camino hacia una tierra que nadie les prometió, al pasar la frontera una mujer mostró un amuleto sonriente, el equico, un dije con los brazos abiertos. “Eso es idolatría”, recriminó un pastor cristiano. Luego, extendió afectuoso hacia la recién llegada para que comiera un caldo hirviente, con un hueso carnudo de costilla res.

Colombia que había sido repudiada por los estigmas de narcotráfico y guerrilla, vio que la migración se ladeaba a su lado. El país que fue considerado de paso, ofrecía una ciudad, Bogotá, en donde se vende lo que sea, hasta empanadas venezolanas, y se consigue

utensilios y materiales para proyectos proverbiales. Los migrantes, no siguieron de largo, como pensaban, sino que hicieron de la capital su vivero, y desde ahí han ido a la sabana a sembrar rosas y a cortar claveles, también han sido pedigueños hasta que han descubierto formas de ganar dinero.

“Uuuuy cuándo se irán esos vecinos tan incómodos... - dice Bertha Montaña quien vive en Manizales que es ciudad principal del llamado “eje cafetero”- su merced que los defiende pero a esos incómodos e indeseables, aquí no los quieren, les hacen la vida imposible. Los poquitos que andan por ahí en la calle no hallan como espantarlos, y en Chinchiná, cualquier cosa menos recibir venezolanos. En las fincas no los quieren para nada. Están totalmente vetados, no sé por los lados de Armenia, pero lo que es aquí los tienen fumigaditos y los tienen bien clasificaditos. Y ahí sí... como dicen, me quiero liberar de esos vecinos”, dice la matrona motivada porque un venezolano, según cuenta, le trató mal a su mamá después de que ella le dio de comer, se enojó por decirle que no pusiera la basura en los postes.

Jhoan Alexis Alayón ha dignificado su homosexualidad desde que, siendo un niño se fue de su casa. Su condición era considerada un tumor social que había que erradicar. Tras una reacción épica por salir de la prostitución en las calles bogotanas, por abandonar la drogadicción, Jhoan Alexis se quitó la falda. Con los ahorros de mujer de oficios varios abrió una peluquería con los precios más económicos del mercado y tras doce años de actividad, convirtió su negocio en un mundo de sillas abiertas para la venezualidad estilista, manicurista y cosmetóloga.

En las peluquerías de Jhoan Alayón -antes pildorita- que ya son tres locales, hicieron su entrada. Algunos llegaron a pie desde el páramo de Berlín, pasaron los 4290 metros sobre el nivel del mar. Llegaron hablando en simultánea en lenguaje de corrosión anímica y, en el mismo idioma, el de sus destrezas en el manejo de la barbeta y de la máquina peluquera. Pregonaron su dominio infalible para hacer surcos en las cabezas con variedad de formas.



Jhoan explica, “Sé lo que es quedarse en una calle, sin nada que comer, o soportar la humillación cuando no se tiene”. Aclara que los venezolanos son profesionales. A los que no saben les va a enseñar en una academia que está fundando para ellos. De esa manera el peluquero o peluquera -como quieran decirle-, ha montado una filosofía funcional en favor de la corriente migratoria. “Trabajan y envían sus remesas” -dice-.

Los afeminados han sido desheredados del Reino de los Cielos, según las Sagradas Escrituras. “Igual que los hombres que se acuestan con hombres”, se lo han encarado varias veces, sus vecinos, los hermanos cristianos evangélicos, de Centro Misionero Bethesda, apegados a un versículo de la carta a los Corintios. Es decir, que por el lado de Dios, los homosexuales no son bien recibidos. Y por el otro costado, en cuanto al mundo terrenal, si son venezolanos, tienen mayores dificultades. Ahora, si llegado el caso, se da la ecuación con una incógnita, (homosexual + venezolano), la respuesta puede ser una doble carga de exclusión.

Hospital Materno infantil: Alumbramientos migrantes

En Bogotá, Norca Quintero, confunde con su acento. Quienes la oyen piensan que es de Barranquilla o de algún lugar del caribe colombiano. De esa forma, ella puede escuchar las cosas que dicen de las venezolanas. Las desprevenidas no se enteran que una de ellas da oídos, y siente, la charladuría. Norca escucha, autocontrola, esboza una sonrisa inmutable, mientras una colombiana asegura con tono rotundo; las venecas son rapaces, son arpías para quitarle los maridos a las colombianas. Dicen sobre sus paisanas que aquellas llegan a meterse de prostitutas, porque no saben hacer más. Norca oye. Ella es una exitosa manicurista. El pasado 28 de abril de 2018, nació en Colombia, Jade, su nieta. La niña llegó en el vientre de su hija, Norkis, con cuatro meses de gestación. Primero arribó a Colombia, su pareja, Jesús Eduardo Ríos, un barbero de 19 años que al tiempo es rapero. El padre de su hija con el ahorro de su trabajo en la peluquería trajo a su novia gestante. “Parto complicado”, lo describe. Tuvo un alumbramiento que recibieron médicos colombianos que privilegiaron la existencia humana, sobre cualquier otra consideración. En el Hospital Materno Infantil, la atención fue posible por la determinación del Gobierno Colombiano de garantizar la salud a las maternas sin discriminar nacionalidades. El pabellón de Maternidad, en el centro de Bogotá, tenía en sus salas, en la fecha, en que nació Jade, a quince venezolanas. Ellas se fecundaron en su país, en medio de la crisis humanitaria, pasaron la frontera y sus retoños nacieron en Colombia. Norkis, como otras madres, compatriotas suyas, amamanta a su bebé en relato de migración.

Conocer a la familia colombiana

Frander Rodriguez. Hijo de Colombiano. Licenciado en administración de empresas trabajó en un banco en Venezuela. Una tarde recibió el salario de un mes de trabajo. Tras treinta días de dedicación todo lo que ganó apenas alcanzó para comprar un almuerzo. Partir. El empleado multifuncional sacudió las redes afectivas. Quiso buscar a sus hermanos paternos. A quienes quince años atrás dejó su padre en territorio colombiano antes de radicarse en Venezuela. Rostros que Frander no conocía. Los localizó. Hubo diálogos euforizantes, fraternidad telefónica. Hasta que les dijo que iba a ir a Cartagena que quería presentarse y abrazarles. Su buena intención sonó como una amenaza. Sus hermanos le bloquearon del WhatsApp, cortaron comunicación con él. “Seguro pensaron que me iba a aprovechar, a quedarme en la casa de ellos, supusieron que yo sería una carga”. En medio del sentimiento de vacío, de sentir que camina hacia la nada, mantiene el deseo, sin encono, de coincidir con su sangre renuente y de vivir buenos momentos y darles sin contemplación un abrazo. Frander desespera por hallar un trabajo. Dice que hay partes en Colombia en donde le piden papeles apostillados. También ha leído aquellos letreros que ofrecen trabajos; “Sólo a personas con cédula colombiana”. En cuanto a certificar documentación en la patria de Bolívar, se paga en dólares, y las citas en Venezuela las dan a meses. “Es como un pretexto para negarnos el trabajo”.

Un traidor de la patria.

El hombre ponía pegante en los bolsillos de un aviso en ploter, en el barrio Ricaurte, al occidente de Bogotá. Le dijimos que Nicolás Maduro parecía resuelto a disparar contra Colombia. El obrero que entró desde el Estado de Zulia, apretó sus labios. En voz baja pronunció lo que podría leerse como una traición a su patria bolivariana. El venezolano dijo: “Me tocará, entonces, defender a Colombia”...



Algunos migrantes llegan a la tierra en la que alguna vez nacieron sus mayores. Ahora son recibidos como extraños. Algunos trajeron guitarras desuetas que amarraron con cintas adhesivas. Es el caso de, un ex empleado bancario que embelesa con las notas con de un requinto, “*una diosa desde el cielo bajó a conocer cómo vive un pecador; la vi bajando lentamente en una estrella y su mirada luminosa me observó*”. Inicia su canto, costea su almuerzo, paga un arriendo e inicia un rito envidiable, el conteo de monedas... Canta y vuelve con el mismo son : “*mira la mañana los atardeceres y los arreboles qué lindos paisajes de bellos colores a tu alrededor...*”

Franklin Avendaño dice que en Venezuela “ el tema no es comer sino cómo comer, cómo conseguir lo de comer”. Es percusionista, ha tocado en bares, carga unas maracas con las ocho estrellas de los ocho estados de Venezuela. Recuerda que, siendo niño, los libros, las pailas y las tapas de las ollas tomaban forma de instrumentos de percusión. Cuando tenían siete años, con sus pequeños hermanos, acolitados por su padre conformaron el Grupo Sorinoje, no sabían qué quería decir pero eran la delicia de la calle. Victicor quien, dice su hermana Anahis, era el más atontado, se convirtió en maestro flautista.

Muchos venezolanos en la capital colombiana han asegurado su movilidad. Muchas estrategias para subirse en el transporte público sin pagar. Se les dice “los colados” son los evasores de pago. Saltan sobre los torniquetes, como atletas. En esta práctica de no pago los colombianos han sido sus grandes maestros y ellos alumnos aventajados. A la hora de precipitarse hacia el escamoteo del pasaje, hay complicidades binacionales. En esto, se discute el transfondo de necesidad y de desempleo y sobre el hábito de no cubrir el valor del pasaje. Son aguilillas a la espera a que se distraiga el guarda o a que no haya un vigilante. El punto es entrar, luego caminarán con calma a un destino que puede ser incierto...

En el barrio Belén, en el centro oriente de Bogotá, hay una casa viven 36 venezolanos y cuatro colombianos. Ha sido un fenómeno que se ha repetido. Ahora hay negocios en donde hay más venezolanos que colombianos.

Wilson Almécigas trabaja en una empresa que administra trece casas en las que el 90% de sus inquilinos son venezolanos. En las mañanas salen de sus domicilios a la ruta de la informalidad, a las ventas callejeras, una modalidad azarosa por tratarse de que las ventas ambulantes conllevan a la ocupación del espacio público, y en esos casos, los agentes de Policía no intervienen en su favor. Los venezolanos ofrecen sus preparaciones, transitan con su cultura, sus ruidos, sus folclores. Sus acentos se han propagado, hasta copar un mercado laboral. Se yerra al pensar que están regalando su trabajo. Están entrando en donde no quieren o no le gusta trabajar a los colombianos, o, les da vergüenza hacerlo; reparten volantes, están en las puertas de los restaurantes ofreciendo los menús. Los chamos, empujan carretas, ofrecen la dulzura de la

sandía, las bondades del aguacate. Los migrantes los domingos han comenzado a visitar los centros comerciales, con gafas de fantasía como artistas de cine y han comenzado a ahorrar para montar en teleférico. Ellos han refrescado el mercado laboral, trajeron sus manos competentes en oficios como la metalistería.

María Helena Vivas es hija de colombiana, su madre falleció en Venezuela. No ha podido conseguir la expedición del certificado de defunción porque en Venezuela todo ocurre lento. Ella ha vivido a plenitud la expresión de la solidaridad en Colombia. Es una tierna rebuscadora que ha vendido café, gelatina, arepas y chorizos en las calles. “Una vez, no hace mucho tiempo, estaba yo vendiendo empanadas, una señora notó mi acento. Me preguntó si yo era venezolana. Le dije que sí, que sí señora, entonces me miró: no le compro a venezolanos. Volteó su espalda y se fué”.

Apuntes sobre labor sexual

Mujeres jóvenes, migrantes llegaron al barrio Santafé, se incorporaron al trabajo sexual, como se llama legalmente al ejercicio de la prostitución en Colombia. Tal actividad se denomina así, aún en contra de la opinión de quienes consideran que la prostitución no es un trabajo. En el caso de Paola, dice que las venezolanas ofrecen buen trato a sus visitantes. Insiste en que no es cierto que las jóvenes migrantes compitan con precio, aunque eso es asunto de cada una. “Como tampoco sucede -dice ella- que las venezolanas tengamos promociones, o que ofrezcamos servicios 2 x 1 como dicen por ahí”. Stephania, ha dicho franca en un mensaje a su casa, “Mamá, me estoy prostituyendo. No te voy a decir que estoy de oficinista porque no es verdad, los giros que hago para ti y para los niños son gracias a hombres que me pagan por estar con ellos, no te voy a decir mentiras”. Cuenta que un colombiano está enamorado de ella, pero que ese, es un amor no correspondido, que se lo ha dicho de la mejor forma para no lastimarlo. Cuenta que, en cambio, una colega colombiana, buena amiga suya, ella si descalabró a un hombre; “quédele claro a usted que le doy besos y lo abrazo pero es porque me paga no por que lo quiera”.

En restaurantes de Bogotá se sirve un plato: el Pabellón Venezolano, un menú con carne servida en mechas, con frijol negro y huevo. Han traído otra preparación: la ayaca. Con los sabores migrantes, hay, además, un trasfondo económico. Por los venezolanos se está moviendo el mercado de la caraota, en cientos de toneladas. Un producto que era desconocido a los paladares colombianos. También han dinamizado el comercio del maíz por la proliferación de sus arepas tradicionales.

Desde la informalidad, los migrantes son agentes de economía, compran insumos para sus ventas en pequeña escala. Son las notas de un nuevo mercado. Son venezolanos compradores, una gigantesca plaza de un millón de personas, lo que debiera hacer sonreír a los que discriminan contra otros...

Anahís Avendaño, arribó desde Caracas a Bogotá. 2017, llegó espontánea y programada, cuando vio que en la Navidad no hubo el perrito de cerdo, y que el árbol languideció, cuando se sustrajo la alegría, y los regalos se evaporaron. Es especialista en almacén, es decir en manejo de inventarios. Ha disfrutado durante cuatro meses el buen sentimiento hacia la migración en la cadena de almacenes Los Tres Elefantes que les dio trabajo durante cuatro meses hasta la próxima temporada navideña , pagando su salario, con las garantías de Ley.

La migración ha superado las diferencias binacionales y hasta las amenazas de guerra por un diferendo limítrofe. Dos banderas son abreviatura de integración. Un hombre venezolano fatigado, hala su carreta en que transporta papel y cartones reciclables. En la esquinas frontales de su vehículo, dos banderas empolvadas; una bandera de Venezuela, y al frente la bandera de Colombia, como símbolos de gratitud y de hermandad...



Argelio José Gutierrez, en el rito envidiable de contar monedas



Norca Quintero y Jade, la nieta de la migración...



Noticias Colombia